

EL DIA QUE EL TIGRE EMPEZO A PENSAR

Desde entonces no puedo olvidarlo; quiero decir desde el momento en que lo vi: liana entre lianas, arbusto de cuatro o cinco raíces, caña flexible, mata que mata. Una raya y luego cien más. Un condenado a perpetuidad libre. Sombra atigrada, especialista en la carrera de corta distancia y en el salto mortal. Ochenta kilómetros por hora pasito a pasito. Cuando coincidimos aquella mañana, ambos íbamos armados. Yo, con la escopeta de nunca fallar; él, con sus colmillos amarillos. Nos miramos como dos enemigos que se tientan. Yo me dije: Ahora le apunto y le mato antes de que me ataque, antes de que desaparezca. Él debió de pensar: No puedo matarlo ahora; está armado. Y entonces desapareció, pero su mirada se me había quedado clavada como una dentellada. No olvidaría ya aquellos ojos que conocían todos los recodos de la jungla, la mirada entornada del tigre, que lo perfora todo. Aquellos ojos interpretarían mis nuevas pesadillas. Viviría sobresaltado para siempre por despertares amarillos, rayados y fulminantes. Su aliento y el mío confundidos; sus bigotes y mi barba engendrando otro animal mitológico.

Yo sería un poco tigre, un mucho tigre, y acaso él fuera hombre a ratos, añadiendo así premeditación a su crueldad natural. Supe que volveríamos a vernos. Que tal vez olvidara yo la escopeta, pero que él no se dejaría las garras en casa. Que mi pulso, que mi arma, que mi alma temblarían llegado el momento. Sus colmillos, en cambio, se mostrarían infalibles al quebrarme el pescuezo. ¿Tendría hambre? ¿No la tendría? Ah, entonces me mataría por deporte, añadiendo una raya más a las cien de su pijama. No, por deporte no. Me matará adrede. Pero antes me hará sufrir con otra ración de miradas. Puede que hasta me saque la lengua, me seque la lengua. Sí, antes me humillará. Me

arrastrará hasta la charca donde calma la sed y me ofrecerá un poco de agua. No para beber, no, sino para que contemple mi rostro por última vez. Un espejo donde mirar mi propio miedo. Ser un cacho de miedo, mi propio espanto, pedacito de horror que se pudre en el agua. Yo seré eso y un poquito más antes de morir. ¿Qué otras vejaciones tendré que soportar? ¿Olisqueará mi barba? ¿Se meterá por ella como si fuera una nueva selva inexplorada? Quizá, quién sabe, me desabotonará la camisa con sumo cuidado para averiguar si escondo otro bosque en el pecho. Con uno de sus garfios me perforará una oreja para lucir un pendiente, y a medida que las gotitas de sangre vayan brotando, las ingeriré a lametazos una tras otra, pensando en la que va a caer y relamiéndose por la que ha caído. Gotitas que le emborracharán, que le recordarán yo qué sé qué aventuras con tigresas. Algún amor furtivo y sangriento. Su encuentro con un cebú; el mismo cebú muerto; el próximo cebú. Luego, ebrio ya, me infligirá una nueva herida, redonda, una herida femenina en el pecho. Allí aplicará los belfos y me sorberá la sangre como si fuera un refresco. Yo le miraré con rabia. Aborreceré las cosquillas que me hacen sus bigotes y también la succión de la lengua rasposa. Moriré exangüe, sin saber que he muerto. Ciego, pero con los ojos bien abiertos. A continuación seré descuartizado. El tigre me comerá el corazón, el hígado y los pulmones, y dejará los intestinos a los buitres. Se asomará al río, no para beber, no, sino para comprobar si sigo allí. En fin, para saber si tendrá el placer de matarme por segunda vez. Mientras se descuida así, volverán los buitres y otros pájaros carroñeros. Acudirán un enjambre de hormigas y un hormiguero de escarabajos y manadas de otras bestias diminutas.

Un chacal que pasaba por allí se invitará al banquete, y al comérseme, vigilará con un ojo para que no me escape, y con el otro

no perderá de vista al tigre, por si es él quien ha de escapar. Pero será, me parece verlo, un chacal de ojos aterciopelados, que me comerá haciendo remilgos, como pidiéndome perdón, excusándose por su dura existencia de hoy aquí y mañana allá. Volverá el tigre cuando su faz despiadada engendre olas tormentosas en la charca. También el manantial tendrá sus pesadillas. Unas ondas que se han llevado mi miedo a costas pasarán años y años huyendo de otras que llevan consigo la sonrisa feroz del tigre. Y hasta puede ser que un venado se acerque a beber con tan mala fortuna que su belfo tropiece con la imagen de la fiera, eternamente reflejada en las aguas. ¿Es preciso decir que la bestezuela morirá del susto y que sus ojos desbocados se quedarán por siempre en la charca, nueva presa de un álbum húmedo y alucinante? No. No, eso no sucederá, aunque estoy convencido de que el tigre y yo volveremos a encontrarnos. Será inevitable. Me fallará la escopeta infalible o erraré el tiro; sí, el tiro, que tiene algo de raya, que tiene algo de tigre, se irá en pos de una mariposa que lo evitará con una finta. Después de lo cual quedaré a merced de la fiera, que se llegará a mí golpeándose los flancos con la pata de repuesto que le sirve de rabo. Como diciéndome: ahora empezaremos con el suplicio de las heridas. La venganza. Bienaventurados los que no saben apuntar, pues ellos conocerán las más largas agonías. ¡Ay de los vencidos! Sindicato de los tigres. No, no, me defenderé, lucharé hasta el final. Le persuadiré; claro, eso es, soy persuasivo; protestaré, rogaré, de rodillas si es preciso. Oh, bestia todopoderosa, ten, te regalo mi reloj de oro. Reloj antichoque. Contra él nada podrán los latigazos de los juncos. Es único, sabes, para matar en punto, para llegar sin retraso a tu cita con el tapir. Sabe, además, que es sumergible. Su tic-tac causa horror a los cocodrilos. Tuyas son las riberas. Nada, tigre, que nada te harán

los caimanes. Reloj calendario, que te dice de antemano cuándo empezarán las crecidas, cuándo encontrarás a la añorada tigre, cuándo y por qué motivos se pone el sol. Reloj automático, movido por el latido de la sangre; no importa cuál: la tuya o la que salpica sobre ti. ¡Detente! ¡Ni un paso más! ¿No te has enterado de que sufro de una enfermedad contagiosa? Heme aquí, tuberculoso perdido. Y por muy tigre que seas, el mal puede contigo. Déjame morir a mi aire, dentro de nada. Mira, tengo la piel seca y la carne agarrotada. No, no, sobre todo no mencionar la palabra carne... La piel seca, eso sí.

Dame un voto de confianza, tigre trigueño. Ya verás, haremos causa común. Ya verás, haremos juntos la revolución: libertad, igualdad y tigrería. Armaremos un pleito a ese fanfarrón del león para arrebatárle el título de rey de la selva. Se sabrá que ese impostor no te llega ni a la punta de las rayas, que es del dominio público que no es tan fiero como lo pintan. Mucho rugir, mucha melena, y a la hora de la verdad, nada. Perdona, perdóname por haber querido matar un millón de tigres. Nunca he matado ninguno, ¿sabes? Y ahora que te conozco, que somos amigos, ¿qué digo?, que somos íntimos, ahora, repito, sería incapaz de hacerlo. ¿Quién iba a atreverse a disparar contra ti, tigre mío? Sólo un viejo loco como yo, herido por tanto sol, por tanto ayuno, por tanta enfermedad, y también por cierta locura que se agazapa en algún rinconcito del cerebro humano. Te digo, pues, que veo las cosas de otro modo. Dame tiempo. Es como si vislumbrara el futuro: El tigre y el hombre estrechamente unidos. Ya verás, lo conseguiremos. Ya me parece verlo. Montepío de tigres. Urbanización tigrera. Prohibida la entrada a los no tigres. Indispensable traje a rayas. O tigre o nada. Ya verás, el mundo entero se nos entregará, se nos entigrará. ¡Tigres del mundo entero, uníos! Tigre o no tigre, ésa es la cuestión. Estaremos juntos; yo

contigo, contrigo, contigre. Creced y multiplicaos: un mundo de tigrillos. Tigrearemos codo con codo. Contraleonaremos y todo. Punto y raya. A todo esto, el tigre me observará en silencio, con esa mirada entornada que reserva para sus presas antes de propinarles el zarpazo letal.

Volví a verlo años después, sí. En una cacería de grupo. Estaba muerto, con dos o más balas en la cabezota, toda roja, toda amapola. Me arrodillé a su lado para contemplarlo a placer. Sentí que por un momento regresaba el miedo de antaño, pero luego me dije que no podía tratarse de la misma fiera. Entonces me comunicaron que no había otro tigre en cien millas a la redonda. Que aquél era el último de la tierra. Que en el futuro habría que inventarlos. No dije nada, pero esa noche, por fin, dormí tranquilo. Días más tarde, mientras paseaba por la ciudad, se me subió a los labios una sonrisa feroz, tan feroz que los hombres, las mujeres y los niños se apresuraron a apartarse de mi camino, atemorizados.

E. Abulí